Perlita y Caty

María Esther Espinosa Calderón

Para ellas con el amor
y el recuerdo de siempre.

A pesar de que cada que llegaba octubre me entraba una melancolía, tristeza y nostalgia, me encantaba por muchas razones, entre ellas porque celebraba mi cumpleaños, porque sentía que era muy romántico y porque en esos días como dice la canción "la luna es más hermosa".

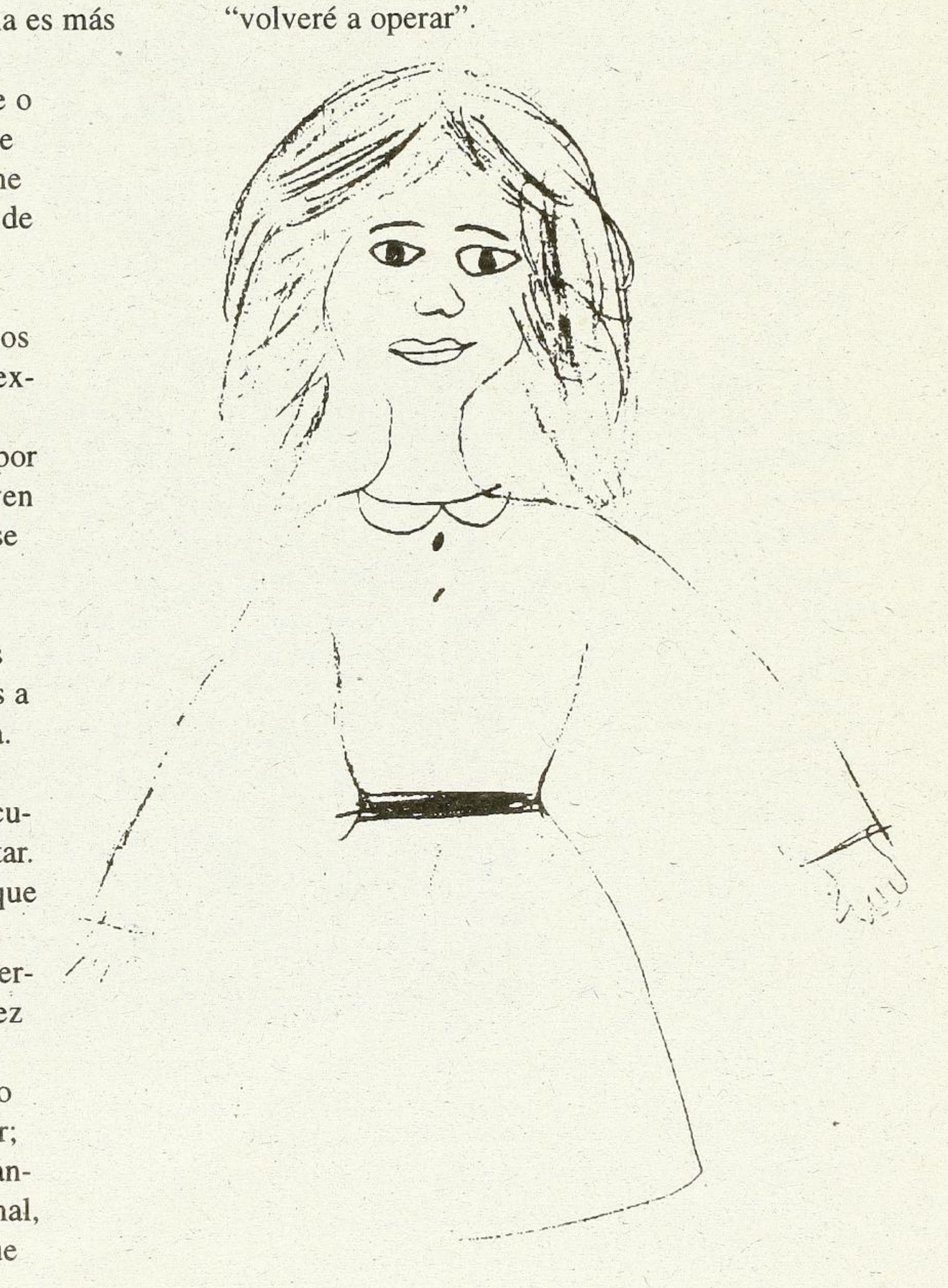
Uno de mis sueños era casarme o que mis hijos nacieran cualquier día de ese mes, pero por azares del destino me fui a vivir con mi pareja en julio, uno de mis hijos llegó al mundo en enero de 1996 y el otro en febrero de 1993.

Esa nostalgia en los últimos años se ha convertido en un sentimiento inexplicable, que según el siquiatra, no es otra cosa más que una depresión que por lo general le da a las personas que viven en lugares fríos, que no es mi caso y se recrudece, porque lo que era un dulce sueño hace once años se convirtió en enorme tristeza al perder a una de mis mejores amigas: Caty y hace tres años a una dulce chiquilla: mi sobrina Perlita.

Cuando se fueron no era aún tiempo de su partida, eran dos flores cuyos botones estaban a punto de reventar. Caty marchó preocupada por la vida que apenas dos días antes había dado a un nuevo ser: su hijo. Perlita por una enfermedad que no la dejo disfrutar su niñez como cualquier persona de su edad.

Caty después de que un médico negligente no quiso reconocer su error; luego de la cesárea duro dos días desangrándose, para el ginecólogo era normal, para nosotros no; lo único que hizo fue cambiarla del Hospital de México al Santa Fe, porque en el primero, en ese entonces no había terapia intensiva y en el segundo ya nada pudieron hacer. Se perdió tiempo y ganó la muerte.

El marido se opuso a demandar al médico, volcó su resentimiento y dolor sobre el niño a quien cree culpable de la muerte de su madre. No al doctor que no admitió su equivocación. Con tres palabras esta historia tendría otro fin: "volveré a operar".

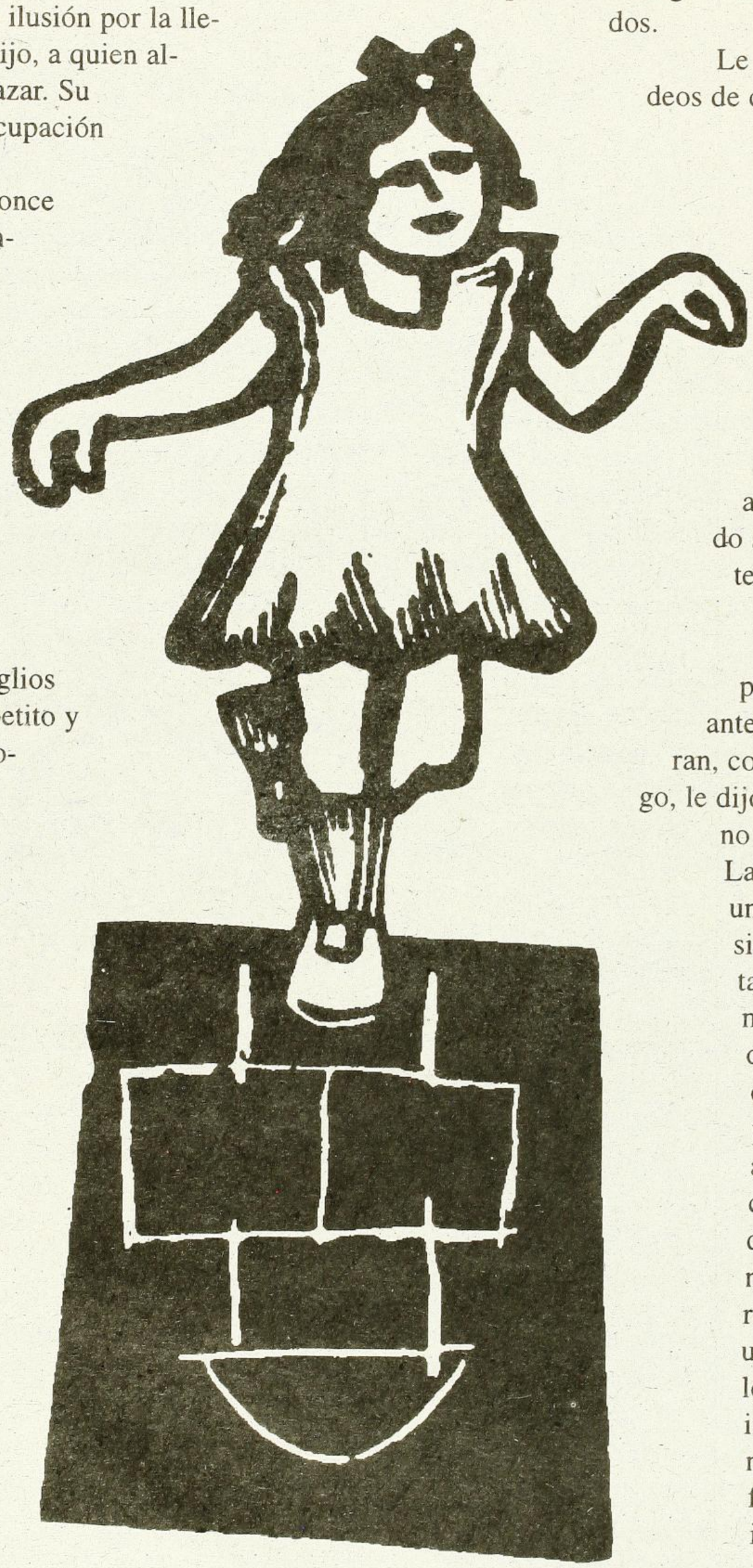


Dario cumplió 11 años y vive feliz con sus abuelos, recordando a una mamá que sólo le dio un beso de bienvenida y a la vez de despedida.

Caty tenía 28 años, era alegre, amiguera, dicharachera, inteligente y con un gran amor por la vida. Tenía una profesión, buen trabajo y sobre todo una gran ilusión por la llegada de su primer hijo, a quien alcanzó a besar y abrazar. Su única y última preocupación fue él.

Perlita tenía once años y seis padeciendo una cosa que después de muchos estudios los médicos dijeron que se llamaba Síndrome de Fhar, enfermedad muy rara, que le fue calcificando los ganglios basales. Perdió el apetito y poco a poco su psicomotricidad, hasta el grado de dejarla casi sin poder moverse.

A pesar de su enfermedad siempre estaba alegre y con ganas de pasear, de ir al cine, de conocer gente, de jugar, de gritar y de cantar. Le encantaba festejarse y festejar a todos, en cada fiesta le decía a su tía Rosita que bailara con ella.



Soñaba con ser princesa y que llegara su príncipe azul. Quería ser la dama de honor en los 15 años de su hermana, murió un año antes. Cuando ella los cumpliera deseaba chambelanes y un hermoso vestido, color perla, como el de su primera comunión y bailar toda la noche *Sopa de caracol*. Su máxima petición a los Reyes Magos, a Santa Claus, a la Virgen de Guadalupe y a San Judas Tadeo era que le devolvieran su salud, de la cual gozó hasta los cinco años, pero esos ruegos nunca fueron escuchados.

Le gustaba ver los videos de cuando era una niña regordeta que brincaba y jugaba, pero a la vez se ponía nostálgica y se preguntaba ¿Por qué a mí si apenas soy una niña?, pero aún así seguía posando siempre sonriente ante la cámara.

El médico había dado pocas esperanzas. Una semana antes de que la internaran, como que presentía algo, le dijo a su abuela, "abue no me quiero morir". La llevaron a hacer unos estudios como siempre y en el hospital le dieron una dosis más fuerte de su antidepresivo que hizo que la niña por su propia enfermedad, aunada al a desnutrición entrara en estado de coma del cual no salió nunca. Murió en la cama fría de un hospital sin el calor de su familia. Las injusticias del destino: tuvo una vida difícil y una muerte igual.

Caty murió el 18 de octubre de 1988; Perlita el 26, pero de 1996. Las dos en diferente tiempo y con diferente edad, pero están juntas y seguramente ellas sean las que hagan bailar más a la luna de octubre.